



## Cuento XII

Muestra de Actuación I, Comedia. Dir. Piafante Nefelibata. 2022. Foto. Alejandro Gómez

# No hay cama pa' tantas patas

**Santiago (Dennisse) Cárdenas Cuida<sup>1</sup>**



<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

<sup>1</sup> Un explorador del arte, profesional en formación de las artes escénicas, gestor cultural, traductor y realizador audiovisual. Me interesa profundamente el estudio del lenguaje y la comunicación, así como la organicidad del arte y el silencio.

### Resumen

Apolo pelón fue el acompañante más sincero en los desolados días de pandemia. Es en honor a sus esporádicos escapes de casa, su pata trasera que cojeaba y las súbitas circunstancias de su muerte que se relatan algunas memorias en forma de cuento. Cuatro patas, un gato, tres segundos para decidir, dos extremos de un puente, una oportunidad precaria de éxito y un salto desmedido al vacío.

Un día tan cualquiera te preguntas por qué no te has ido. Después de todo lo tienes todo en la confortable Casota, con sus paredes amplias que olían a lavanda sintética, de habitaciones espaciosas y corredores interminables, tan grande que no le cabía ni un tinto. Ese día no duermes por las ansias de salirte con la tuya. Alzar el vuelo por fin y despedirte del rutinario pescado con leche tres veces al día, las 24/7 en el 125. Por eso te pones escamoso, finges estar a gusto con esa maldita costumbre humana de organizar y asignar un horario a cada cosa e ignorar el problema de raíz. ¿De raíz? Si la cosa era evidente: todos andaban escondidos en sus pequeños hogares con máscaras a media boca, huyendo de un virus que acabó por echar raíces y cosechar un reguero de vidas.

Oyes a la Patrona conversar por teléfono -...ni tanto, es más por este gato Apolo pelón bandido que me la tiene volada. Todo el día encerrados acá y con ese olor. No. Eso va a tocar

sacarlo... ¿qué por qué? Pues fácil: por meón- exclama mientras sale por el pasillo y te mira de reojo.

-¿Meow?- gruñes con gesto confundido.

Suena de fondo, en el equipo radiofónico de la Corroncha que permanecía a todo volumen, la árida melodía de *Hogares son cómodos pero monótonos*. Sientes melancolía y luego arrepentimiento por haber deseado escapar. Te frotas delicadamente con las piernas de la Patrona y ella te responde con una sonrisa constricta. Acto seguido ves en el suelo la blusa bordada de terciopelo color turquesa. Sabías que era su favorita y por eso la orinas. Sabes que tomaste la decisión que te aseguraba el tiquete de ida y jamás de vuelta a la confortable Casota.

Tú eras gato, no humano, así que huiste tangente por la puerta. Afuera un día soleado en el barrio desolado, el

adoquín casi derretido bajo el calor infernal y las casas repletas, con las ventanas abiertas, que revelan imágenes memorables. Por ejemplo, notas que en el lugar donde siempre había dormido la Calígula, una gata parda de porte salvaje, ahora una madre amamantaba con rostro vacío a su hijo llorón. La llamas para ver si te acompañaba en esta travesía sin rumbo fijo, pero no da señal alguna. En cambio, recibes un piedrazo que te lanza la Patrona desde lejos para terminar de ahuyentarte. Te preguntas también por el viejo buena gente que siempre leía, echado en su poltrona de mimbre con Calígula en el regazo. Supones que andarán en cama. Luego dudas de ello: últimamente han venido demasados coches fúnebres al barrio, pero no miras atrás, sólo sigues.

Continuas tu camino y cinco casas más allá, en el segundo piso, ves a los tres hombres barbados de mirada furtiva que cazan desechos para volverlos vino translúcido. Todo el procedimiento es confidencial, lo cual motiva sucios rumores en la zona. Se cuenta que, antes de que estallara el virus, muchos bigotes se reunían allí bien entrada la noche, entre risas y jadeos desesperados, para perder la razón con el líquido transparente, y después vomitarlo todo en el andén del vecino. Pero, como era de suponerse, ahora nadie les llegaba. Ya ni se oían las respiraciones agitadas a media noche, ni los gritos de los niños corriendo por doquier rebosando felicidad, ni los balones, ni mucho menos los balazos. Lo bueno de todo aquello era que ya no te topabas con sus molestas manos cazadoras. Lo malo, que ya tenías hambre filosa y que la panadería, donde se mendigaban sobrecitos de atún, estaba clausurada por emergencia sanitaria.

Pasas por una destartada casa de fútil verdor, con paredes agujereadas y ennegrecidas por el moho. Más allá de la reja, una pala parada de cabeza en extraño desequilibrio y al lado una ventana. Esta dejaba entrever el sabroso pescado frito que recién salía del sartén. El humo se mezclaba

con la humedad y denotaba un olor fétido. Esta casa ya la conocías, aquí traen a los enfermos de resfriado crónico para ser embalsamados. Les cortan la garganta y así no pueden expandir el virus. Medidas de bioseguridad desesperadas, que ayudan a los hospitales colapsados, porque no hay cama pa' tanta gente.

Y de tanto pensar te cruje la panza, recuerdas no haber tragado bocado alguno desde la mañana. A la sazón, acercas tu hocico cada vez más al brillante pescado. Era solo cuestión de asomarte un poco por la ventana y... No, no correrías riesgos innecesarios, lo de los perros negros, fieros demoníos que cuidaban la casa, no era una historia ficticia para ahuyentar a los gatos más juvenes. Tú eres Apolo, no un estúpido ¡Pffff! Miras para atrás y los dos perros fieros seguían profundamente dormidos al lado de la reja, tal y como quedaron apenas tomaste el riesgo de atravesar el corredor que daba hacia la ventana podrida ¿Todo okey? Todo okey. Tú no podrías ser tan mortal, mí Apolo Pelón. Saboreas el crocante pescado y la baba te escurre por la bamba, viscosa. Estás tan amelocotinado de pescado que cuando te bajas de la ventana, la pata se te enreda con la cola y, esta, con la pala ¡Plack! ¡Mierdaijueputagonorreavida! Y no se me ocurren más maldiciones cuando ya te veo saltando la reja a toda velocidad perseguido por las dos fieras. Huyes por las calles, y el pavimento te quema las patas. Corres tan ágil que te das cuenta que te pasaste un semáforo en naranja. Un segundo después sales volando por los aires virulentos y vuelas tan alto que ves, debajo de tu panza, como un minúsculo diamante, a una ambulancia que sigue su camino sin reparar en el impacto. Luego un aterrizaje perfecto, pues eres gato, pero la pata izquierda trasera sangra escandalosamente y los perros cada vez más cerca. Echas a correr de nuevo y las punzadas en la pata que arden con agudeza. Así te las arreglas para llegar al puente que marca el final de barrio. Por lo menos cinco metros de distancia entre cada extremo. El borde era filoso y tenía musgo ácido que palpitaba, y

repugnaba. Era una quebrada de porquería, con espesas olas apresuradas que llevaban consigo kilos de basura. ¡Cuidado! que la sangre corría por toda la pata a largos y espesos chorros, y los perros también con sangre, pero inyectada en los ojos, se acercaban cada vez más eufóricos hacia ti. No tienes otra opción más que saltar...

Cuatro patas acolchadas como pétalos color malva, tres vidas restantes, dos perros a cuatro metros de ti, pocos centímetros para tocar con las delanteras el musgo, o quizá menos. ¡Que no te subas ahí, carajo! De sopetón te encuentras en una arriesgada situación con cero probabilidades de éxito ¿Qué tan hondo fue el quiebre en tu horario como para venir a parar acá? Pero qué más da ¡SALTÁ!...Y lo hiciste, volaste tan alto, tan cerca al musgo verdeneranji-morado del otro extremo, que por un resbalón de esa pata derecha, que siempre flaquea, quedamos en ceros, hechos jirones.

Pero no, al otro día vuelves campante, eso sí todo moreteado y oliendo a pura mierda, pero vivo. La Patrona ya te extrañaba, no se le había ocurrido salir para buscarte, quizá por miedo al contagio, o a no encontrarte. Te recibe con un platado de agua y un pescado pequeño. Pero no tienes hambre, al contrario sientes indigestión. Y así comenzó todo, desde ese día supe que habías vuelto para irte, pero esta vez de manera definitiva. Al otro día vomitas sangre, tanta sangre que la baldosa dibuja tu reflejo con el espejo líquido mientras lloras desconsoladamente. La Corroncha y su equipo a todo volumen no saben qué hacer. La Patrona te abraza, te arrulla como aquel primer día que llegaste a la casota todo despelucado, y asume la desgracia de no poder salir de casa para llevarte a un hospital. De hecho no se puede salir a ningún lado, afuera todo arde en gripe, gargajos y guerra. Aún así termina llamando una ambulancia. De milagro llega temprano y te montan todo envuelto en una cobija ensangrentada, esa que era color malva y ahora estaba empapada de ocre rojizo. La Patrona te arrulla

cada vez con mayor premura y por dentro la tortura de no poder escurrir la lágrima. De pronto por su ojo izquierdo se desliza una que te resbala por la nuca y estás a punto de abrir tus verdes ojos cuando oyes un estallido. A dos metros de la llanta trasera derecha se veía un gato arrollado de nariz negra como borrador de nata, pelaje más blanco que negro y algo subido de peso. En el andén vecino, a dos perros rabiosos les escurría la viscosa saliva en medio de una sonrisa satisfecha. De repente abres los ojos, miras a la patrona, asomas la carraposa lengua y le lames el codo sutilmente. De la nada haces una mueca jamás vista, tan consternada que te asoman los colmillos hasta las encías, y luego te revientas.

*“Apolo pelón muere arrullado, relleno y enrollado en fina cobija de algodón rojo. Pone en problemas a la ambulancia que no sabe si socorrer al gato que acaba de ser arrollado o llegar a tiempo a otra casa que llama por lo mismo: un gato estallado”*